



LETRAS AL MARGEN

ALGUNAS LECCIONES DE LOS NARRADORES DE LA REVOLUCIÓN

Con los tiempos que corren, muchos lectores han vuelto los ojos a la llamada Novela de la Revolución: ese extenso *corpus* narrativo que había sido relegado al “cuarto de los trebejos” de las bibliotecas, donde sólo historiadores de la literatura, académicos, estudiantes con tesis por escribir y algunos nostálgicos suelen rebuscar entre escombros y cacharros llenos de polvo. Sí, la mayoría de los libros cuya temática gira alrededor de las luchas armadas que se dieron en el país entre 1910 y 1920, luego de ser prácticamente devorados durante medio siglo por todo aquel que supiera leer, fueron encasillados primero en “una corriente” literaria colectiva, luego disecados por los especialistas y, al final, olvidados por el público lector, que acostumbraba comprar los dos gruesos tomos titulados *La Novela de la Revolución Mexicana*, de la editorial Aguilar, para enseguida acomodarlos en librerías donde “lucieran”, sin hojear siquiera el ensayo introductorio de Antonio Castro Leal. Esto no resulta raro: sabemos —por las Obras Completas de Alfonso Reyes— que las ediciones exhaustivas o de lujo devienen mausoleo para las letras que alguna vez fueron “vivas”.

 **EDUARDO ANTONIO PARRA**

Se me podría objetar con el argumento de que, si bien muchos de los libros a los que me refiero llevan décadas siendo desdeñados, hay otros que nunca dejaron de leerse, como *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán, o *Los de abajo*, de Mariano Azuela, o incluso *Ulises Criollo*, de José Vasconcelos. Es decir, que hasta hace poco la gente compraba y leía las mejores obras de esa corriente, y se alejaba de las que no llenaban sus requisitos de calidad. No por nada Guzmán y Vasconcelos se cuentan entre nuestros grandes clásicos; en cuanto a Azuela, *Los de abajo* es uno de los títulos más vendidos en la historia de México. Es cierto. Sólo que la mayor parte de los lectores de las obras de Guzmán y Vasconcelos son estudiantes de letras, periodismo, ciencias políticas e historia, y casi todos los olvidan; y los lectores de *Los de abajo* son preparatorianos que adquieren el libro pero no lo leen, o lo leen a fuerza y no lo entienden ni disfrutan. Además, nada indica que éstas sean las “mejores” novelas de la Revolución; en gran medida se siguen leyendo por razones extraliterarias: las de Guzmán y Vasconcelos porque sus autores fueron personajes públicos, controvertidos, polémicos, o lo que es lo mismo, famosos; en lo que respecta a la de Azuela, el principal atractivo de *Los de abajo* —sobre todo para adolescentes que no leen por gusto sino por aprobar una materia— es su brevedad, sus apenas cien páginas que pueden despacharse rápido.

En lo personal, yo también leí *Los de abajo* en la prepa y, si bien me

gustó, más tardé en graduarme que en olvidar durante años tanto la novela como a su autor. Luego, en la carrera de letras me encargaron la lectura de *Ulises Criollo*, *La sombra del caudillo* y *El águila y la serpiente*. Con eso bastaba para cumplir el programa. Y si alguien inquiría sobre otros autores de la corriente, la respuesta era rápida: “Es lo mismo que ya leíste, pero peor”, con lo que querían decir que uno sólo se toparía con descripciones de batallas, actos de barbarie, obras donde se privilegiaba la anécdota sobre la reflexión, con estructuras deficientes, pobreza de lenguaje y personajes con muy poca densidad psicológica: simples indios y rancheros con carabina haciendo destrozos por el ideal de “tumar al tirano y alivianar al jodido”.

Pero gracias a la importancia que las autoridades y las multitudes dan a las fechas “emblemáticas”, las cosas han cambiado en los últimos meses. En todos los espacios culturales abundan los seminarios, las charlas, los análisis y las invitaciones para leer la Novela de la Revolución, redescubrir a sus autores y conocer la memoria literaria que dejaron quienes fueron testigos o partícipes de las luchas. Es el Centenario. Y así como cada 15 de septiembre las multitudes se preparan para celebrar por la noche el Grito, los que en este país acostumbran leer —por gusto, sin obligación— asisten a las conferencias, miran los programas alusivos por televisión y se acercan a las librerías a comprar novelas de la Revolución. Entre ellos, quien escribe estas líneas.

Esta vez debo agradecer la actitud gregaria —aunque responda a la

presión social del momento— que encendió mi curiosidad: tras releer los títulos que menciono más arriba y otros que leí a través de los años por casualidad —los cuentos de Nellie Campobello—, o por razones de trabajo —la novela *El resplandor* y los relatos de Mauricio Magdaleno—, me encontré con autores que apenas si conocía, cuya obra me llevó a cambiar radicalmente las preconcebidas opiniones que tenía sobre ellos. Escritores como Gregorio López y Fuentes y José Rubén Romero —de quien sólo había leído *La vida inútil de Pito Pérez*— consiguieron sin problema despertar mi entusiasmo, pero con quien de veras me rindo admirado es con Rafael F. Muñoz —de quien apenas conocía un par de cuentos y la biografía *Santa Anna, el dictador resplandeciente*—: sus relatos y sus dos novelas, *Vámonos con Pancho Villa* y *Se llevaron el cañón para Bachimba*, no dudo en afirmarlo, constituyen una de las obras más redondas y sólidas de la literatura mexicana, y vienen a demostrar que las generalizaciones y encasillamientos no sirven más que para descripciones críticas esquemáticas, y ocultan los verdaderos valores de una obra. La lectura de estos autores —y cuando continúe el recorrido con los que me faltan, seguro reafirmaré mis impresiones— no sólo nos abre un panorama mucho más completo de la narrativa mexicana del siglo XX, sino, por un lado, despierta algunas reflexiones sobre las maneras de leer que se van dando según la época; y, por otro, lo que es más importante: nos sirven de espejo donde se refleja la imagen del México actual, este México violento que a todos preocupa y que, por lo visto, no ha cambiado en cien años, ni



en doscientos, recordándonos que el transcurso de la historia no es lineal, sino cíclico, lleno de repeticiones, algunas muy semejantes.

Las maneras de leer se transforman a lo largo de los años. La Novela de la Revolución no puede ser leída ahora como cuando se escribió, en aquellos tiempos en que aún no había televisión, ni Internet, ni los videoclips habían sembrado en nosotros su estética de lo momentáneo, lo rauda y el imperio de la imagen. Para comprobarlo, basta con detenerse en ciertas opiniones que los críticos del medio siglo repitieron para quitarle méritos. Una de ellas es que la mayoría de estas obras denotan “pobreza de vocabulario”. ¿A qué se referían? O, mejor dicho, ¿qué es lo que ellos hubieran querido leer? Sólo puede entenderse una opinión así, si tomamos en cuenta que, antes de estos novelistas, el Modernismo daba sus últimas señales de vida para dejar sitio a los escritores del Ateneo. Con estos referentes, quizá sea posible calificar a autores como Azuela o Urquiza de “pobreza de vocabulario”, pero ¿a Guzmán, Muñoz o Magdaleno? Es cierto, se trata de autores que utilizan un lenguaje sencillo, nada rebuscado, pero abundante, poético y eficaz; sus expresiones son directas, sin garigoleos, y por eso mismo “lo que narran” nunca se ve opacado por un estilo demasiado llamativo. Aun así, cualquier lector actual que

se enfrente, por ejemplo, con *El resplandor*, opinará que el vocabulario de Mauricio Magdaleno es difícil de abarcar, precisamente por su abundancia. También opinó la crítica que “privilegiaban la acción sobre la reflexión”. ¿Y qué querían? Se trataba de narrar historias, no de escribir ensayos. Desde el punto de vista de quien esto escribe, la mejor narrativa es la que se concentra en la acción, y eso no significa que no sea rica, variada, profunda y que invite a pensar. Si no, que le pregunten a Gabriel García Márquez o a Mario Vargas Llosa. De ahí que me atreva a aventurar una afirmación: la Novela de la Revolución puede ser leída mejor —encontrar mejores lectores— ahora, en 2010, que en el momento en que fue escrita y publicada. Las grandes obras suelen crecer con el tiempo.

Y, como apunté más arriba, estas novelas nos pueden ayudar a comprender la violencia que envuelve al México de hoy, mejor que muchos ensayos actuales, que las reflexiones de los periodistas y, por supuesto, que los pobres intentos de explicación del gobierno federal. En este sentido, su principal aportación sería mostrarnos al “mexicano”, un ser cuya psicología y motivaciones fueron las mismas durante la Revolución, en la época de la Independencia, y hoy, en 2010. Se trata de un ser en apariencia tranquilo que guarda una infinita violencia en su interior, una violencia dormida que

de vez en cuando despierta y arrasa con todo. Con otras palabras: es en apariencia sumiso, pero desde que nace hay en él un germen de rebeldía —rebeldía pura, sin matices—, que se incuba y crece con el tiempo, y sólo espera la situación propicia para estallar. Esa situación propicia puede ser la falta absoluta de opciones —como la de millones de jóvenes hoy—, la represión indiscriminada de las fuerzas del gobierno —como hoy en varias partes del país—, o el surgimiento de movimientos que la alienten, como “la bola” en 1910 —hoy no hay “bola”, pero sí cárteles del narcotráfico, comandos de sicarios, dinero fácil. Hace cien años había un gobierno cuestionado, desigualdad económica, represión, escasez de oportunidades, resentimiento acumulado en muchos mexicanos, ¿qué ha cambiado en un siglo? Había, también, una admiración sin límites a los rebeldes conocidos, a los bandidos “sociales”, a los que se enfrentaban al gobierno y a los ricos, ¿somos muy distintos? Se les cantaba y glorificaba por medio de corridos, ¿y hoy?

Y así como éstas, la Novela de la Revolución nos muestra muchas más de nuestras características inmutables. Hay que leer la obra de estos autores, y quizá recomendarla a nuestros gobernantes, a ver si aprenden algo de México y los mexicanos. ☺

EL ENCANTADOR DE PECES / ACRÍLICO Y ESMALTE ACRÍLICO SOBRE TELA / 140 X 170 CM

